

EL ÁRBOL DE NAVIDAD DE CATALINA

Por *Kay Heistand*

CATALINA se dirigía lentamente al altillo. Estaba deprimida; por primera vez en su vida no sentía ninguna alegría en una tarea que en lo pasado siempre la había llenado de vehemente expectación. Vaciló por un momento en el descansillo de la escalera, y se quedó mirando hacia afuera. Esa tarde de diciembre la nieve caía con viento y el tiempo era muy apropiado para la estación. Era época de Navidad, una celebración que tanto le gustaba a Catalina.

-¿Qué pasa Caty?

Catalina echó a andar mirando a su alrededor, Su padre, que había salido de su habitación, del segundo piso, se quedó mirándola muy serio, como si la estuviera estudiando.

-Oh, nada, papá, -sonrió Catalina y se encogió de hombros-. Fue sólo un sentimiento que tuve. Y poniendo su mano en el brazo de su padre, juntos subieron el último tramo de la escalera.

-Ya es tiempo de sacar el árbol de Navidad -observó el padre.

Catalina asintió con una inclinación de la cabeza. Abrió la puerta del altillo y encendió la luz.

-Una cosa es cierta: mamá es tan ordenada que no hay ninguna dificultad en encontrar las cosas en cualquier parte -dijo riendo el padre mientras señalaba una caja de cartón alta y chata-. ¡Allí está, el viejo amigo!

Catalina suspiró y señaló otra caja de cartón cuidadosamente rotulada -

-Y allí están las decoraciones -y en cada una de sus palabras se advertía desaliento.

El padre se sentó en un viejo baúl.

-Siéntate, querida -le pidió bondadosamente-. Hablemos un poco. Catalina se adelantó y tomó la caja.

-Esto. - . Esto es -exclamó.

-¿Nuestro árbol de Navidad? -preguntó asombrado el padre-. Pero sí, lo hemos tenido desde que tenías un año.

-¡Ese es el asunto! ¡Un viejo amigo, de verdad! Papá, tal vez no debiera quejarme, pero... pero... bueno, échale una mirada. ¡Mira cuán descolorido y feo está!

Catalina abrió la caja y sacó el arbolito artificial de Navidad. Tenía como un metro de alto y las ramas estaban dobladas a lo largo del tronco. Cuando Catalina lo abrió, sus ramas ofrecieron un espectáculo bastante lastimero.

-Ah... -quedó pensando el Sr. Silvestre-. Parece un poco cansado y gastado.

-Y marchito y viejo.

Catalina - tenía razón. El pobre arbolito estaba desteñido y las hojas de sus ramas habían visto días mejores.

-Se ve mejor cuando está decorado -trató de animarla su padre.

-Sí, pero es tan chico que siempre tenemos que colocarlo sobre una mesa o sobre el escritorio. Papá, yo daría cualquier cosa si por lo menos una vez pudiéramos tener un árbol de verdad, uno que huelga a pino y a especias, y sea bastante grande como para poder dejarlo en el suelo, y ¡que llegue hasta el techo! -y los ojos de Catalina brillaban suplicantes. Dejó caer el árbol artificial y se sentó a los pies de su padre.

El Sr. Silvestre no habló pero sus ojos revelaban simpatía y comprensión.

-Papá, mamá ya está hablando de que me estoy poniendo muy grande para un árbol. ¿Crees tú que soy tonta porque quiero tener por lo menos una vez, un verdadero árbol de Navidad?



- ¡No, yo no creo que seas tonta, Catalina! -dijo el Sr. Silvestre y se puso de pie ayudando a su hija a hacer lo mismo-. Sabes, querida, muchas veces en lo pasado cuando estábamos tan escasos de dinero, nos vimos en la obligación de usar este arbolito. Pero creo que ha cumplido con su misión, y me parece que esta noche es muy buena para ir a comprar un árbol verdadero, ¡un árbol de Navidad que huelga a pino y a especias!

Catalina rebotaba de alegría.

Unos minutos más tarde, ella y su padre desafiaron el viento y la nieve que caía para ir a la tienda donde vendían árboles.

- ¡Catalina!

La voz clara y alta que la llamaba le hizo levantar la vista. Su mejor amiga, Rut Bresler estaba en la puerta de la tienda de su padre, saludándola.

- ¡Cómo estás, Rut! ¡Ven con nosotros! -la invitó Catalina.

El Sr. Silvestre sonrió y añadió:

-Sí, ven con nosotros, Rut.

-¿Adónde van? -preguntó Rut.

- ¡A comprar un árbol de Navidad, uno de verdad, un árbol vivo! -respondió Catalina.

Rut miró como asustada.

-Le preguntaré. - le preguntaré a papá. - - si puedo ir -y comenzó a entrar en la tienda de donde volvió para decir:- Nosotros no tenemos árbol de Navidad. Nunca hemos tenido uno. Y luego desapareció en el negocio.

-¿No tienen un árbol de Navidad? -repitió Catalina como un eco mirando a su padre muy sorprendida.

El padre sacudió la cabeza.

-Como tú sabes, querida, ellos son judíos, y los judíos no celebran la Navidad. Hablaremos de eso más tarde -y guardó silencio. Rut apareció apresuradamente en la puerta tratando de ponerse un gorro rojo en la cabeza.

El lugar donde vendían los árboles quedaba a sólo una cuadra. Tanto el papá como las dos niñas se llenaron de admiración cuando llegaron allí. Mientras contemplaban los árboles un sentimiento de éxtasis se posesionó de Catalina. Los pinos y los cedros estaban allí en hileras, con las ramas cubiertas de nieve. Su inconfundible fragancia inundó a Catalina quien se sintió casi desmayar de felicidad. Danzaba y abrazaba a su amiga.

-¡Oh, Rut!, ¿no es maravilloso?

Pero cuando observó la expresión del rostro de Rut, su entusiasmo decayó un poco.

La nieve resplandecía sobre el cabello renegrido y brillante de Rut y orlaba sus largas pestañas. Sus mejillas eran casi tan rojas como el gorro que llevaba, y Caty pensó cuán hermosa era su amiga. Pero en sus grandes ojos negros se advertía un profundo anhelo.

Antes de que Rut pudiera contestar la entusiasta pregunta de Catalina, el Sr. Silvestre habló rápidamente.

-Chicas, yo tengo una idea fantástica. Rut, me parece que debieras venir a casa con nosotros esta noche y ayudarnos a adornar el árbol. ¿Te gustaría hacerlo?

En los labios de Rut se dibujó una sonrisa.

-¿Cree Ud. que estará bien?

-¡Por supuesto que sí! -respondió muy entusiasta el Sr. Silvestre-. Yo mismo iré a hablar del asunto con tus padres. Catalina quiere compartir su Navidad con sus mejores amigas, ¿no es así, querida?

-Oh, sí, tú debes venir, Rut. El rostro de Rut se iluminó.

-¡Encantada! ¡Me alegro tanto de que viniste a vivir aquí, Catalina!

No les llevó mucho tiempo a los tres elegir el árbol más bonito de la playa. El Sr. Silvestre pagó por él y se lo cargó al hombre y los tres felices compradores se dirigieron a su casa. Se detuvieron brevemente en la casa de Rut y obtuvieron el permiso necesario y

pronto los tres estaban acomodando el árbol en la espaciosa sala de los Silvestre -

La Sra. Silvestre abandonó por un momento la cocina para admirarlo y hasta la abuela bajó del segundo piso para hacer algunas sugerencias.

Catalina estaba convencida de que nunca antes había visto un árbol de Navidad tan hermoso, y parte de su placer provenía de observar la alegría que se pintaba en el rostro de Rut, quien le alcanzaba cuidadosamente las decoraciones de Navidad. Algunas de esas decoraciones eran antiguas y delicadas

y habían pertenecido a la familia de los Silvestre desde hacía muchos años. En sus exquisitos colores reflejaban la felicidad y la alegría propias de esa época del año.

Cuando el árbol quedó terminado, todos retrocedieron para admirarlo y cuando por fin el Sr Silvestre encendió las luces, dejaron escapar una expresión de admiración. Se veía muy bonito.

-Rut, querida, o quiero que vengas en Nochebuena para cenar con nosotros ¿aceptarás nuestra invitación?

-preguntó la Sra. Silvestre- El Sr. Silvestre hará algunos de sus famosos pasteles.

Una sombra apagó el rostro de Rut.

-Yo. -. yo no creo que podré venir, Sra. Silvestre. Sabe, nosotros comemos diferente que Uds. -y tartamudeó un poco al tratar de explicar lo que quería decir.

-No te aflijas por eso, Rut -se apresuró a decir el Sr, Silvestre-. En mis pasteles yo no uso grasa de cerdo.

-Ni tampoco yo la uso en mi cocina, Rut, de manera que podrás comer con nosotros sin violar ninguna de tus creencias religiosas -le explicó bondadosamente la Sra. Silvestre.

- ¡Oh, Uds. entienden! -exclamó Rut-. Yo... yo ya tengo un regalo para Catalina, y estaré encantada de venir si mis padres dicen que puedo hacerlo.

Cuando Rut se hubo ido, Catalina permaneció admirando el hermoso árbol de Navidad.

-¿Qué pasa, Catalina? -preguntó el

-Realmente yo nunca antes pensé en el hecho de que los judíos no festejan Navidad -respondió lentamente Catalina-. Pero es que nunca antes conocí a ningún judío. Es porque ellos no creen que Jesús fue el Hijo de Dios, ¿no es así, papá?

El padre asintió con la cabeza.

-Sí, pero creo que muchos judíos modernos intercambian regalos en esta época del año. Catalina, debes recordar que las cosas más importantes relacionadas con la Navidad son la buena voluntad y la bondad. Esos son sentimientos universales que todos pueden entender, no importa cuál sea su religión. Tu amiga es una niña devota y cariñosa, y estoy contento de que ella sea tu amiga.

-Yo puedo aprender mucho de Rut, papá. Es una muy buena compañera.

El padre estuvo de acuerdo.

-Y estoy seguro, Catalina cuando pienso en cuán feliz se sintió ella ayudándonos esta noche a preparar nuestra Navidad, que ella también aprenderá mucho de ti. No te olvides, querida, que en este mundo a menudo la intolerancia es fruto de la ignorancia. Si nos relacionáramos con hombres, mujeres y niños cuya raza, religión y color de la piel difieren de los nuestros, aprenderíamos a amarlos y a entenderlos. Los ojos de Catalina estaban llenos de la belleza de su primer árbol de Navidad verdadero, y su corazón rebosaba con un nuevo conocimiento del espíritu de Navidad que acababa de comprender.